

DEL EXILIO COMO UTOPIA DE LA MEMORIA

L ¿Alguien recuerda *Corona del Mar*?... Era una serie de televisión que pasó por Canal 5 en algún momento de los años setenta. La trama, con reminiscencias de la clásica *El fugitivo*, puede resumirse así: un hombre despierta una mañana en un callejón cercano a los muelles y, tras frotarse un momento la cabeza, descubre que su memoria está vacía. No recuerda ni su nombre ni el lugar del que proviene, profesión o hábitos más comunes; ni siquiera unas facciones familiares. Su mente alberga sólo una frase, tres palabras que poseen la nitidez de un punto oscuro en la blancura difusa de la amnesia: “Corona del Mar”.

JULIÁN HERBERT

De capítulo en capítulo, el hombre —con su look mitad Jim Dean y mitad Simon Templar, el cual correspondía a los guapos de la época— coleccionará pequeños fragmentos de su mente mientras corre las más conspicuas aventuras, guiado a partes iguales por su obsesión y el azar. Hasta que, en un momento pleno de emoción y de belleza, alcanza su objetivo: se detiene en los muelles de una ciudad desconocida frente a una suerte de Ítaca migratoria, un blanquísimo yate con molduras doradas que ostenta el consabido nombre en las cuadernas: *Corona del Mar*. El héroe sin memoria sube a la cubierta, entra en la cabina como quien ingresa a un palacio o al recinto de un oráculo... Y eso es todo: aparecen los créditos del capítulo final.

¿Lo recuerdan?

Supongo que no. Y es que desde hace años vengo preguntando lo mismo a cuantas personas conozco, y no sólo ninguna tiene memoria del programa, sino que las más irritantemente teledictas me aseguran que este relato me lo inventé yo, que la serie jamás fue transmitida. Por desgracia, no tengo ya más prueba de lo contrario que mis recuerdos: el único testigo de que *Corona del Mar* existió era mi abuela Licha, que lo veía conmigo, y hace años está muerta.

No sé por qué, ahora que me pidieron escribir sobre el exilio, me vino a la cabeza este viejo programa. Tal vez por la metáfora subyacente en la historia del peregrino sin brújula, el amnésico que sólo sabe de sí mismo el nombre del lugar hacia el que se dirige, y el hecho de que aun ese lugar no sea sino un barco: una isla en flujo

permanente, una patria cuya única estabilidad es la belleza de su nombre.

Quizá también he traído a cuento la serie por el horror que me causa ser el único que la recuerda, como si mi memoria fuera el reverso exacto de la amnesia del protagonista. Creo que nada se parece tanto al exilio como tener un recuerdo de la infancia que no puedes compartir con nadie. Y otra vuelta de tuerca, algo irónica: ser el único hombre que recuerda a un héroe cuya grandeza consiste en haber perdido la memoria.

2. DEL EXILIO COMO SEÑA PARTICULAR

Una vez escribí un poema para conmemorar las fiestas patrias. Dice así:

24 de febrero

En la plaza, un piquete de soldados
doblaba la bandera. Su rigor
era un ballet de bárbaros flotando
en la sorda piscina del crepúsculo.
Pensé en mi madre que, durante años,
plegó pacientemente las cobijas
de mi cama. Una patria distinta:
el corazón de la materia,
imperceptible
en su taimada vocación de filigrana.

Me parece que el mundo —y con él la patria o el hogar— es esta clase de geografía textil y huidiza a la que alude el poema. Tal vez se trata de un virus autobiográfico que contamina mi visión histórica

—e incluso mi visión metafísica, si es que todavía puede uno decir que tiene semejante cosa. Me refiero a que, no es que yo sea el judío errante pero algo sé del tránsito; algo que me desnacionaliza, incluso, del exilio “regular”.

Mi madre viajaba. Casi siempre me llevó con ella. De su amor maternal heredé el desarraigo. He pasado casi toda mi vida en tierra adentro, al borde del desierto de Mayrán, pero mi primer recuerdo es la playa de Caleta donde unos hombres sostenían de cabeza, junto a las olas, a un ahogado. Nunca he visto las huertas de copra de mi familia paterna en la costa de Guerrero, pero de niño soñaba con ellas a la sombra de un huizache que había cerca de mi casa. Mis recuerdos infantiles yacen desperdigados entre Acapulco, Lázaro Cárdenas, Querétaro, Monterrey, Miguel Alemán, Laredo, Monclova, y una fugaz visión de una vaca a la orilla de la carretera, una madrugada en quién sabe qué lugar. Algunos años viví en un terreno ejidal famoso por sus tolveneras. A veces el viento arrancaba las láminas de cartón de nuestro techo y mis hermanos y yo teníamos que perseguirlas calle abajo, cegados por el polvo y por el sol.

No sé nada de mis antepasados. Mi padre tiene un apellido distinto al mío, el hijo de mi hermano menor nació en Estrasburgo, los hijos de mi hermano mayor

rentorio, para humillarlas hasta el extremo del mito personal, decidí hace años agregar un detalle: jamás he puesto un pie fuera de México. No tengo ni tuve nunca pasaporte. Como *La Hija de la Lágrima*, “yo nunca fui a New York, / no sé lo que es París / vivo bajo la tierra / vivo dentro de mí”: el exilio perfecto me parece una taza de café en la terraza del hotel Mayestic, frente a Palacio Nacional, de cara a una estúpida bandera tricolor aparatosa y tenebre como los huesos de un pterodáctilo cocinado con la receta de los chiles en nogada. Elegí, en plena era de la globalización, mi propio país como lugar de mi destierro.

3. DEL EXILIO COMO ABSTRACCIÓN

Hace algún tiempo fui a una exposición de Josef Koudelka. Entre la segunda sala —que documenta la invasión rusa a Checoslovaquia en 1968— y la tercera —que se titula “Exilios”—, pensé: místico o no, el arte es el registro del vacío que circunda los eventos.

Las piezas de Koudelka sobre la Praga invadida tienen, junto a la violencia del fotoperiodismo, la belleza casi animal de un arte crudo, una especie de euforia maligna ante el desastre. Los rostros y los gestos de los personajes aparecen saturados de vitalidad. Quizá lo que más los embellece es la

AUTORRETRATO CON BANDERITA TRICOLOR

viven en Yokohama, no conservo una sola fotografía de mi niñez, tengo 33 años y he vivido en 37 casas distintas: no hay en el mundo un solo barrio de la infancia donde alguien me recuerde o reconozca.

Para perfeccionar estas formas de la ausencia, o más bien para quitarles su sentido definitivo y pe-

objetivización: el hecho casi inhumano de que alguien se haya detenido a fotografiarlos.

En contrapartida, muchas de las fotos de “Exilios” parecen nutrirse en un proceso de vaciamiento de sentido cuya esfera incluye no sólo lo fotografiado, sino también al fotógrafo. Para

Koudelka, a diferencia de otros creadores, el vivir en el exilio (hay que decir que abandonó Checoslovaquia poco después de la invasión y ahora es ciudadano francés) es una forma de anti-nostalgia. La limpidez con la que retrata un conjunto de hombres orinando en Irlanda, o un televisor rodeado de siluetas en Gales, o un haz de luz en una habitación cúbica con tres personajes de edades distintas en Portugal, proviene no de la

Siglos después de la confección de esa obra, el año 8 d. C., el poeta Publio Ovidio Nasón fue desterrado de Roma por Augusto. El decreto imperial lo condenaba a vivir en el puerto de Tomis, frente al Ponto Euxino o mar Negro. Según los rumores más difundidos, se le acusaba de pervertir a la juventud a través de sus versos, pero esto es bastante improbable: Ovidio había escrito el *Ars Amandi* en su lejana juventud, y casi todas sus obras

**NO SÉ NADA DE MIS ANTEPASADOS...
NO CONSERVO UNA SOLA FOTOGRAFÍA DE MI NIÑEZ,
TENGO 33 AÑOS Y HE VIVIDO EN 37 CASAS DISTINTAS:
NO HAY EN EL MUNDO UN SOLO BARRIO DE LA INFANCIA
DONDE ALGUIEN ME RECUERDE O RECONOZCA**

recolección de expresiones humanas, sino del oportunismo ante la composición. No obstante, no hay frigidez en estas fotos: al contrario, hay una forma profunda de la subversión, una prosopopeya que habla de algo más hondo que el desarraigo nacional. Creo que cualquier artista aclara su visión cuando asume la postura de un nómada ecuménico, cuando se reconoce como desterrado no de un país, sino de los simulacros de significación a los que por mal hábito llamamos *realidad*. Porque el asombro es un sentimiento que instantáneamente nos vuelve extranjeros.

**4. DEL EXILIO COMO EXPERIENCIA
POS(MO)APOCALÍPTICA**

El décimo octavo libro de la Biblia narra la historia de Job, un hombre al que Yahvé exilió de su misericordia sin razón alguna, o, peor aún, con la razón que podría asistirle a un carnicero haciendo apuestas en una cantina: la de demostrar a Satanás que el amor de Job era completamente injustificado, y que, ya entrados en gastos, la sutileza de la maldad divina puede hacer que el infierno parezca un club de boy scouts.

de madurez tratan temas graves, amén de que celebran la figura imperial. Así que la verdadera causa de su castigo es todavía un misterio.

Por años me ha fascinado la desesperanzada simetría que hay entre estos dos personajes¹. Lo primero que hice fue pensar en ellos como coordenadas: la ruina física del santo Job y la ruina moral del poeta Ovidio no son paralelas, sino x/y que se intersecan en un ambiguo plano ritual para formar una ecuación de sufrimiento. También intenté leer en sus historias dos versiones de un mito: la ira injustificada como neurótico atributo preternatural de Dios. Porque, ¿no fue Augusto elevado por sus súbditos a la categoría de deidad? ¿No hay una casi ridícula semejanza entre la chismografía satánica que destruye a Job y las murmuraciones cortesanas del XVIII francés, por poner un ejemplo?...

Lo que más me inquieta del *pathos* retórico que los dos personajes comparten es su cercanía con la estética posmoderna. Debajo del acerbo sentido del

¹ Cfr. *La resistencia* (2003) México: Filodecaballos.

humor de un *yuppie* que abandona su escritorio para dedicarse a vender hamburguesas en un Carl's Jr.; detrás de la heroína, la cocaína y las anfetaminas conseguidas desesperadamente en las calles de Los Ángeles o Glasgow; en el deseo poshumano de renunciar a la carne que traslucen la película *The Matrix*, el *body art* del performancero Stelarc o la ideología arbórea del pensador Hans Moravec² palpita el desarraigo, la sensación de haber sido arrojados del mundo sin aviso ni razón. Las utopías de "la nueva carne" (como bautizó David Cronenberg a esta ideología masoquista y mediática) poseen un doble fondo: la realidad nos parece ya poshumana,

y si sufrimos es porque nosotros todavía no lo somos. En eso consiste, creo, el último de los exilios.

Ovidio y Job son para mí runas que demarcan el frívolo apocalipsis de lo posmo, visiones trágicas que nuestra sociedad banaliza: la web y las finanzas nos echaron del mundo; sólo hallarás lugar en la tribu de los globalifóbicos si costeas tu pasaje de París a Cancún para asistir a la protesta; el alma es una casa de putas a la que asistimos cada día de pago; y claro, siempre nos queda este maravilloso, blandengue, anacrónico país: la democracia que nos corona a todos a condición de ser un pueblo de reyes jubilados.

Ovidio y Job admiten, finalmente, una lectura autista: vivimos insertos en una dinámica de individuación casi esquizofrénica, y no hay nada más contundente que la sensación de un exilio metafísico para hacer del Fin de los Tiempos una pesadilla personalizada. Gozamos, pues, nuestro aislamiento como un triunfo. Aunque signifique darle la espalda a nuestros amores, nuestros deseos, nuestras patrias más íntimas. ∞

² Sería oneroso incluir aquí la descripción detallada de lo que estos dos excéntricos personajes proponen. Baste señalar que ambos niegan la pertinencia del cuerpo tal y como lo conocemos: el primero a través de la mutilación, el dolor y la ficticia adición de órganos cibernéticos; el segundo planteando que lo más conveniente para garantizar el pleno desarrollo del cerebro humano sería evolucionar de nuestra condición de mamíferos a una más simple y extática: la de vegetales pensantes. Cfr. Dery, Mark (1999). *Velocidad de escape*. España: Siruela.

